



CONFIDENCIALMENTE

Por Juan Giró Rodiá

Consecuencias de las Bajunas Academias de Bailes

12.062. 13-3-54.—“Distinguido Dr. Giró: Mi historia es bastante larga, pero sólo le voy a escribir lo más interesante para que me dé una idea.

“Empezaré por decirle que tengo treinta años. Desde los 13 pasé muchos trabajos; al extremo que tenía que trabajar mucho para sostenerme y ayudar en lo que pudiera a mis abuelos, con los que me crié.

“Así estuve hasta los 17, en que sin saber ni dónde había caído fui a bailar a una Academia. En ella, entre tantos hombres, unos con buenas y otros con malas ideas, encontré uno que me brindó sacarme de allí.

“Bien claro me dijo que riqueza no podía darme, porque no la tenía; que iba a vivir pobre, pero honradamente. También me dijo que era casado y con una hija de mi edad, pues debo decirle que él tiene 59 años.

“Pero, bueno, lo que yo entonces quería era salir del fango donde había caído, y no miré al futuro. Hoy en día comprendo que si hubiera tenido experiencia, no lo hubiera aceptado.

“Le diré que con él tengo una hija que cuenta 11 años y creo que ha sido la que ha logrado que me aguantase, porque siempre pienso que es su padre.

“Y no es porque yo no lo quiera, pues le diré que no estoy enamorada de él. Pero lo quiero con el cariño más grande que pueda haber. Además, le tengo mucha lástima; no sé si será porque lo veo enfermo y achacoso.

“Yo sé que él me quiere. Pero, doctor, ¡qué cariño más extraño!, pues vivo una vida sola, sin el calor del marido, que creo que eso le hace falta a toda mujer. Cuando me le quejo en este sentido, me dice, recondadamente, que él no puede hacer nada más. Y yo, doctor, no sé ni qué hacer, pues a veces temo ponerme nistérica al ver que no tengo en la vida aliciente alguno, que vivo la vida por vivir, pues hay cosas que en esta carta no se las podría poner por ser demasiado reservadas.

“Le diré que cuando empecé con él, me sentía feliz. No sé si era por el bien que me había hecho, sacándome del lugar que ya mencioné. Pero hoy, que ya tengo experiencia, me doy cuenta que eso sólo no era mi felicidad, pues allí mismo tal vez hubiera encontrado otro hombre que me hubiese hecho más feliz.

“Días hay en que si no fuese porque tengo una hija, me quitaba la vida; pero pienso en ella y en Dios, en el que creo mucho, y lo olvido todo.

“Yo sé que él me quiere mucho y que sufre, pues tenemos opuestos los pensamientos; no sé si será por la diferencia de edades. Quizás sea por la edad de él o porque el trabajo lo fatigue, pero es el caso que su carácter es muy seco. Yo, en cambio, a pesar de llevar la vida que llevo, tengo un temperamento alegre.

“Estimo que él se sentiría feliz si yo viviera apartada de mi familia y amistades, ya que, según él, son las que me aconsejan contra su persona. Y no es así, porque a mí nadie me aconseja mal.

Soy yo la que me doy cuenta que esta vida que llevo no es vida.

“Le diré que él idolatra a la niña y la niña le corresponde igualmente a él.

“He pensado irme a Nueva York. Allí tengo a mi mamá y hermanas, pero pienso que no podría estar tranquila separando al padre y a la hija. Además, la niña me dice que si su padre no va, ella tampoco da el viaje y yo no tendría corazón para eso, pues le diré que tengo un corazón muy sentimental.

“Espero, doctor, un buen consejo suyo, como usted le sabe dar a todos los que se lo piden.—“Una Desgraciada”.

¿Desgraciada, por qué? Tiene usted un hogar y una hija de once años que, a esa edad, es una verdadera compañera y una alegría para cualquier madre. Tiene, además, un hombre que, aunque viejo y con otro hogar, la sostiene y sostiene de paso a su hija, como es su deber—deber que no todos los padres cumplen.

Claro está que la situación es anómala: que tiene marido y no lo tiene; que le falta la compañía del hombre a su lado; que su unión no es legal a los ojos de Dios ni de los hombres; pero, ¿habría usted sido más feliz siguiendo en la Academia de Baile?

Usted piensa que sí; yo creo que no. Las Academias de Baile—que yo suprimiría de un plumazo si un día fuese Ministro de Gobernación—son la antesala del prostíbulo, el hospital y el cementerio. Degradan siempre; jamás enaltecen a

la mujer que las frecuenta. Claro está que por hambre se hacen muchas cosas; pero la última que debiera hacerse es perder la vergüenza.

Todo en su caso fué disparatado: aceptar la protección de un hombre casado; procrear con un nombre que le dobla la edad, una hija; trabajar —si a eso se le puede llamar trabajo— en una Academia. Pero toda esa sarta de disparates, hay que aceptarla AHORA como buena, porque hay una hija —una niña de 11 años— de por medio.

Por esa hija, por su formación moral y anímica, por muchos factores que sería largo enumerar en el estrecho espacio de una columna, a usted no le queda más solución que aguantarse en el hogar creado, endulzando su vida por medios discretos. No olvide que el menor patinazo en ese sentido —me refiero a alejar a la niña de su padre— podría costar en el mañana, cuando ella llegue a los quince, que pretendiese llevar una vida igual o peor que la que en un tiempo llevó su madre. Usted conoce el dolor de la vida de Academia, evítela en su hija, llevándola por buen derrotero, y ninguno mejor que el de mantenerse en su casa, quietecita y haciendo una mujer de bien de su hija.

PENSAMIENTOS

En *Rigoletto* se dice: "La mujer es voluble, como pluma llevada por el viento.

Y de su *partenaire* decía Lamartine: "El hombre es un dios caído que recuerda los cielos".

M, at 11/04



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA